

El presidente Nerón no tiene clemencia

Javier Velaza

EN el capítulo 6 (5),4,2 de sus *Naturales Quaestiones*, Séneca asegura haber escrito en su juventud un libro *Sobre el origen de los terremotos*. Y esta expresión es la que el cineasta alemán Robert Schwentke ha escogido como subtítulo para su película *Séneca* (2023), que se presenta como una revisión del personaje y de sus consabidas contradicciones. Una revisión, vaya por delante, ni excesivamente original ni transgresora, como no lo es la mayor parte de los recursos que pone en juego su cinematografía: ubicar la acción en escenarios más o menos atópicos, vestir a los personajes con atuendos de estética entre pop y opera-rock, o transponer a la actualidad elementos de *realia*, como que a Nerón se le otorgue el tratamiento de «Mister President», que toque la guitarra eléctrica y no la lira, o que en la conversación salgan a relucir lugares como Madagascar. Por lo demás, los críticos especializados han sido ya suficientemente feroces con el resultado artístico de la película —salvando en general, únicamente, la interpretación de un John Malkovich excesivamente histriónico en algunos tramos, para nuestro gusto—, lo que nos exime de pronunciarnos aquí sobre cuanto atañe a los aspectos estrictamente cinematográficos.

Vale la pena, sin embargo, detenerse en algunos aspectos históricos y filológicos de la obra. En la primera escena, situada sin duda antes de octubre del 54, fecha de la muerte de Claudio, un Nerón adolescente recibe de Séneca lecciones de oratoria. Como las fuentes nos aseguran, ese es exactamente el cometido que le había encomendado la ambiciosa Agripina, la mujer más aristocrática de la historia de Roma, biznieta de emperador, sobrina nieta de emperador, hermana de emperador y esposa de emperador, y ahora decidida a lo que fuese por convertirse en madre de emperador. Agripina detestaba la filosofía y despreciaba a los filósofos, porque los consideraba inútiles para la acción política, pero en Séneca —con quien tal vez había tenido, además, un asunto de alcoba— admiraba la elocuencia, arte en la que este se situaba a la cabeza de sus contemporáneos, por más que la pérdida casi absoluta de sus discursos nos impida en buena medida apreciarla. La película refleja con

bastante fidelidad el absoluto fracaso que Séneca cosechó en la instrucción oratoria de su pupilo: este aparece como incapaz de memorizar y repetir una suasoria, el tipo de ejercicio que sin duda empleó el maestro como recurso didáctico, siguiendo los modelos que había recopilado su propio padre, Séneca el Viejo. Como es sabido, Séneca se vería obligado escribir para Nerón los discursos más importantes de su vida pública, desde el que pronunció en el 54 al tomar posesión del imperio, hasta el que envió al senado en el 59 para intentar, infructuosamente, exculparse del nefando asesinato de su madre.

La segunda escena de la película se desarrolla en palacio, se sobreentiende que ya después de la entronización de Nerón. En ella Séneca aparece intentando inculcar en el emperador, cada vez más díscolo y cruel, una noción central de su pensamiento político. Quien vea la película en su versión original inglesa, observará que esa noción es mencionada con la palabra *mercy*. Y es un acierto de Schwentke centrar ese episodio sobre tal noción, que viene a recoger el concepto de *clementia* sobre el que muy probablemente versó el discurso de comienzos del año 56 y que Séneca reelaboró a continuación en el tratado *De clementia*. Pero es necesario advertir aquí de un grave problema de traducción: la versión española de la película traduce el concepto como «misericordia» —y así también se transcribe en los subtítulos en esta lengua—, lo que viene a vulnerar gravemente el pensamiento de Séneca, puesto que en su *Sobre la clemencia*, este pone buen énfasis en diferenciar las nociones de clemencia y misericordia. Para el filósofo, la clemencia —concepto de honda raigambre romana, que remontaba a Numa y había conocido en César su máximo apogeo como elemento de autorrepresentación política— es la virtud máxima del gobernante —del gobernante autárquico, entiéndase, del monarca que él pretende construir—, el único mecanismo de autorregulación de su poder omnímodo, y su esencia es la moderación al aplicar los castigos. Por el contrario, la misericordia no es virtud, porque entraña la debilidad de renunciar a un deber. En inglés la palabra *clementia* se traduce normalmente como *mercy* o *clemency* —así lo hace, por ejemplo, Robert A. Kaster—, mientras que para *misericordia* se emplea *pity* —como puede verse, el juego de matices etimológicos y léxico-históricos de estos términos merecería un análisis detenido—. De este modo, cuando los responsables de la versión española de la película traducen *clementia* por «misericordia» a través del inglés *mercy*, están incurriendo en un error filológico que, desde luego, confunde al espectador y del que este debe quedar avisado.

La parte final de la película se centra en el año 65. Nerón decide condenar a muerte a Séneca a causa —o con la excusa— del complot de Pisón, y sabemos que fue el pretor Gavio Silano el encargado de notificarle la sentencia. Sin embargo, Schwentke ha preferido sustituirlo por un siniestro personaje



llamado Félix, lo que parece de todo punto innecesario. Como lo es que Paulina, la esposa de Séneca de la que apenas si sabemos nada por las fuentes, aparezca retratada como una mujer ridícula, superficial y obsesionada con la decrepitud sexual de su marido, quien es, por cierto, aquí el que la empuja al suicidio, de nuevo contra todo testimonio documental.

Pese a todo, creemos que este *Séneca* vale la pena. Vuelve a poner al gran público ante un personaje tan fascinante como discutido —y discutible—, que no ha tenido demasiada suerte en la gran pantalla, y lo hace en un momento en que conviene revisar su legado, que él cifró en la *imago vitae suae*. Pero también nos viene a recordar que todo poder absoluto es refractario a cualquier tipo de limitación, que la oratoria carece de sentido cuando se desarrolla en condiciones de falta de libertad y que la construcción de un rey-filósofo es un sueño imposible. Y que Mr. President Nerón y la sabiduría son siempre antónimos.